



Claudio Clemente, S.J., *El maquiavelismo degollado. Por la cristiana sabiduría de España y de Austria*. Luis Felipe Jiménez y Antonio Núñez Martínez (introducción, traducción y notas), Texere Editores / Universidad Autónoma de Zacatecas, 2014, 233 pp.

Por José de la Cruz Pacheco Rojas¹

La obra del jesuita Claudio Clemente se inscribe en la larga lista de autores que buscaron refutar o, al menos criticar, el imprescindible libro *El príncipe*, de Maquiavelo. Sin embargo, muchos detractores en su afán por descalificar a ultranza a Maquiavelo, cayeron en un lugar común. No así el libro de Claudio Clemente, que si bien fue escrito a más de un siglo de la aparición de la obra del autor florentino, Clemente echa mano de él para exaltar la obra de los reyes españoles, mostrando que sus triunfos ante los herejes e infieles son producto de la bendición de Dios por su piedad y devoción católica. Por ello está dedicado a Felipe IV (1621-1665), en un momento que el autor consideraba que España gozaba del máximo esplendor imperial en Europa y América y en que la casa de

.....
¹ Profesor Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Juárez del Estado de Durango, gorgojito75@gmail.com



los Habsburgo reinaba sin que dinastía alguna le hiciera sombra. Clemente no sospechaba que esa situación cambiaría a consecuencia de la Guerra de Treinta Años, donde España y Austria perdieron la hegemonía política en Europa y, al no poder predecirlo, muestra a los reyes católicos como eternamente bendecidos por la providencia divina.

A diferencia de los grandes teóricos políticos jesuitas, Luis de Molina y Francisco Suárez, constructores de sesudos sistemas teológicos, Clemente, en un sentido pragmático se ocupa de hacer la apología de los reyes católicos a fin de exaltar su piedad y carácter devoto, y mostrar así que por el hecho de ser católicos habían recibido el legado providencial y ecuménico de su Iglesia al llevar hasta los confines del mundo la religión cristiana sometiendo, incluso de ser necesario por medio de las armas, tanto a gentiles como a herejes protestantes. Así como Maquiavelo no considera amoral que el príncipe aparezca ante sus súbditos “como piadoso, leal, humano, íntegro y religioso”,² aunque no lo sea, Clemente, como religioso que es, no reprueba lo que él mismo llama “cruel matanza”, al referirse a la cometida por los príncipes Fernando de Hungría y el cardenal-infante Fernando de España de quince mil infantes de los ejércitos de Horn, Weimar y Grätz que fueron pasados a cuchillo en la reconquista católica en tierras luteranas (pp. 213-214), así como tampoco lo hace contra los asesinatos de miles de indígenas en América; por el contrario, en vez de sentenciar como asesinos esos actos de barbarie cometidos por los monarcas españoles en nombre de Dios, son motivo de elogio, concediéndole la razón a Maquiavelo, cuando dice: “todos los medios son buenos si el fin es bueno”.³

Clemente estuvo al servicio de la corte de Felipe IV, fue catedrático del Colegio Imperial de Madrid, de tal suerte que,

.....
2 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, México, Ediciones Leyenda, 2007, p. 16.

3 *Ibid.*, p. 17.

plegado al mundo cortesano, fungió como parte del coro laudatorio del emperador, a quien compara frecuentemente con los grandes emperadores romanos, en especial Constantino y los demás que siguieron la obediencia de los papas. No se sabe si fue confesor del emperador, pero si no lo fue, su obra tenía la intención de servir de conseja. Como haya sido, Clemente se siente henchido de orgullo por la posición de la que goza y elogia a España como campeona del catolicismo y su expansión impuesta por sus armas: “¡Oh bienaventurado de mí, que, con voz elevada y espíritu libre, puedo hablar y escribir con alegría y seguridad de estas cosas y en este lugar, en el centro de España, en la metrópoli, en los palacios del rey, y con mi rey! ¡Oh España feliz!, donde como se ha oído la impiedad de los donatistas, que tan agriamente han sido reprendidos por san Agustín, ¿qué tiene que ver el príncipe con la Iglesia? Como si el cuidado y el crecimiento de la religión fueran ajenos a los deberes del príncipe. Me faltan palabras para darte por igual las felicitaciones, España, por lo que hasta aquí has realizado (el mundo entero es testigo) que cuanto has adquirido para el Imperio, otro tanto has adquirido para la Iglesia; pero has adquirido tanto cuantos lugares han podido recorrer tus honradas armas y floridos ejércitos” (p. 122).

La primera impresión que parece dar la obra de Clemente es que se trata de una reliquia o curiosidad histórica carente de valor en nuestro tiempo, pero vista a la luz de la historia del pensamiento político de la orden religiosa que más ha influido en todos los órdenes del ámbito cultural, religioso e intelectual en Occidente, resulta sumamente interesante por la posición relevante que había logrado la Compañía de Jesús en su tiempo gracias al legado del general de la orden Claudio Aquaviva, dinámico y hábil político que supo defender la preeminencia de sus correligionarios en todos los ámbitos del poder civil y eclesiástico como consejeros espi-

rituales. A él se le atribuye la autoría de la *Monita Secreta o Instrucciones reservadas que observaban los padres de la Compañía de Jesús* o al menos haberle adicionado otros elementos en beneficio propio: que contiene una serie de reglas que debían observar los superiores de la orden para hacerse de los favores de los poderosos, fuesen príncipes o gobernantes de estados, jefes de la Iglesia como el Papa y demás, de los ricos, las viudas potentadas, los y las huérfanas herederas de grandes fortunas: *Ad maiorem Dei gloriam*. De lo que sí existe certeza es que Aquaviva redactó las *Instrucciones para confesores de príncipes* (1602/1608), con el claro afán de conseguir las mejores posiciones para los miembros de su orden en las altas esferas del poder gubernamental.

La *Monita Secreta* se convirtió en el código axiológico de la conducta pública y privada de los jesuitas y, a decir de Benito Arias Montano,⁴ en el verdadero ser jesuítico. Veamos a este propósito los puntos 1 y 4 del Capítulo 4. “Lo que se debe recomendar a los predicadores y confesores de los Grandes”. Lo integran seis puntos que contienen recomendaciones sobre cómo deben proceder los confesores y predicadores en el trato con los “príncipes y poderosos ilustres” a fin de obtener de ellos el mayor beneficio y al mismo tiempo poder inducirlos a aceptar recomendados suyos al gobierno, entre otros:

1.[...] Dirigirán de tal manera nuestros padres a los príncipes y poderosos ilustres, que parezca ordenarlos y dirigirlos únicamente a la mayor gloria de dios, y a la austeridad de conciencia que los príncipes quieran conceder, no obligándolos en este punto sino a lo que ellos mismos apetezcan, porque su dirección no debe mirar sino como insensiblemente al gobierno exterior y político.

.....
 4 “Carta del Dr. Benito Arias Montano a Felipe II sobre las malas operaciones y falsa doctrina de los padres de la Compañía de Jesús”, S. XVI, Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional, Madrid. Mss. 10351, 101 fs.



2.[...] Los predicadores y confesores procurarán cuidadosamente tratar a los príncipes con dulzura, suavidad y caricia. No los desazonarán, ni en sermones ni en discursos y alejando de ellos toda especie de miedos y exhortándoles principalmente a la fe, esperanza y justicia política.⁵

El libro de Clemente se inscribe precisamente en esa línea de conveniencia y *acomodatio* de los miembros de la compañía de Jesús. De acuerdo a la nota biográfica proporcionada por los traductores, Claudio Clemente “nació en 1596 en Ornans, Franco Condado, a la sazón perteneciente a la Corona española desde la abdicación de Carlos V; ingresó a la Compañía de Jesús en la provincia de Lyon en 1612 y profesó el 5 de febrero de 1631; impartió previamente gramática y retórica en el colegio de Dole y Lyon, con tanto aplauso que fue llamado a Madrid para ocupar la cátedra de erudición en el Colegio Imperial fundado por Felipe II —bajo la dirección espiritual de los jesuitas—, donde permaneció hasta su muerte, ocurrida el 23 de noviembre de 1642” (pp. 40-41). Por tanto, al sentirse al servicio de la corte de Felipe IV y siguiendo los pasos de sus superiores se vio en la obligación moral de elogiar y exaltar a los reyes españoles por los favores realizados a la Iglesia católica en Europa e Indias. Pero su valor no radica sólo en la retórica de su panegírico, sino en que se trata de una pieza excepcional del proceder de los jesuitas ante los “príncipes” o gobernantes para agradecer los socorros recibidos.

243

Debemos la traducción del *Maquiavelismo degollado* del latín al español y su publicación a los empeños de Luis Felipe Jiménez y Antonio Núñez Martínez, quienes tuvieron el acierto de ofrecernos esta obra. La acompañan de un espléndido y erudito estudio introductorio, así como de notas pertinentes y bien documentadas en cada uno de los capítulos. En la in-

.....
5 “Carta del Dr. Benito Arias Montano a Felipe II”, fs. 100-101.



roducción, Jiménez y Núñez realizan un ejercicio comparativo bien ponderado de las obras de Maquiavelo y Clemente en el que muestran las diferencias y el grado de importancia de los aportes de esos autores en el terreno de la teoría política del primero y la retórica del segundo. A este respecto afirman:

El jesuita fue incapaz de poner su discurso a la altura del estadista florentino: obnubilado por sus propias creencias religiosas y por sus intereses eclesiásticos, no pudo aconsejar a su príncipe la prudencia o el aprovechamiento de la oportunidad favorable para pactar y desgastar lo menos posible su poder. Así se hace patente de nuevo el contraste entre un teórico como Maquiavelo y un retórico como Clemente: el primero estuvo en capacidad de predecir el porvenir siguiendo el curso de los hechos y sobre la base de un análisis descartando las situaciones inmediatas o extraídas de la historia desde la cual pudo anticipar resultados posibles, negativos o positivos. Dicho en términos de la mejor oratoria tradicional, el discurso del florentino busca como fin lo útil por encima de lo convincente o agradable; en tanto, el retórico borgoñón, representante excelso del discurso cortesano, se limitó a evitar pensar en cualquier situación futura que empañara el triunfo de la monarquía española de su tiempo, dejando a lo sobrenatural —a Dios— la resolución de lo que humanamente no se afrontó o se previno desde un principio; simplemente se satisfizo con agradar y tranquilizar la conciencia del auditorio (pp. 49-50), a fin de cuentas del monarca.

El libro está compuesta por doce capítulos, de los cuales, los tres primeros los dedica el autor a los falsos políticos o estadistas, a quienes califica de ateos y pecaminosos, amantes de la “politicolatría” y de la razón de Estado como su religión, es decir, al maquiavelismo. Las alusiones a Maquiavelo son frecuentes pero no hay una sola cita al texto de su obra, más bien se refiere a los partidarios del florentino, a los políticos de los



estados nacionales europeos emergentes, menos piadosos y más mundanos, rivales de los reyes españoles. Los representa como una secta que niega la existencia de Dios y en cambio deifican al Estado, a quienes, sostiene, debe combatírseles “con hierro y fuego” (p. 101). El resto de los capítulos son un panegírico dedicado a los reyes españoles, a los favores divinos recibidos durante ciento cincuenta años por su piedad católica y a Felipe IV. Muestra, según él, cómo “la voluntad de Dios es la causa de los buenos gobiernos y de sus éxitos”, del mismo modo sostiene que la grandeza de España se debe al cuidado y la protección de la religión y elogia asimismo la actitud resuelta de la monarquía española contra la libertad de conciencia, contra el protestantismo y justifica el empleo de la Inquisición como arma garante de preservación de la ortodoxia católica.

El discurso de Clemente está dirigido a aquellos políticos que a pesar de profesar la religión cristiana no se muestran piadosos, para quienes sostiene no basta combatirlos con razones “sino venganza con hierro y fuego”, por infames y falsos creyentes, graves pecadores que creen en la razón de Estado (p. 101), haciendo alusión tal vez a lo que sostiene Maquiavelo acerca del comportamiento público del príncipe, al afirmar: “Ante sus súbditos aparecerá como piadoso, leal, humano, íntegro y religioso”.⁶ En el mismo orden de ideas sigue diciendo Clemente: “[...] dicen que la piedad y la religión son útiles para contener y limitar al pueblo; pero que los príncipes no tienen necesidad de ellas, antes bien, proclaman que, si disponen proteger con prudencia su estado, muchas veces se ha de postergar la religión por razones políticas. La entereza y la majestad de los reinos se encuentran en el consejo de los hombres, no en este Dios que predicán los supersticiosos, apoyado por el destino y la divina providencia” (p. 103).

.....
⁶ *El príncipe*, p. 16.



Esos y otros elogios desmedidos prodiga Clemente a Felipe IV, rey de los católicos, defensor invicto de la ortodoxia religiosa, emperador de España, parte de Europa e Indias, cuya ardiente ambición no va más allá “que la de pretender extender amplísimamente la recta fe en Dios y el reino de Cristo” (pp. 123-124), por medio de la reconquista de territorios herejes protestantes y del dominio de infieles e idólatras del Nuevo Mundo a través del triunfo de sus gloriosos ejércitos. Así, la justificación del uso de la violencia para el sostenimiento o la imposición de la religión cristiana vuelve a estar en boca de Clemente, como había estado en un Ginés de Sepúlveda en el siglo XVI, que sirvió de arma infalible de defensa a los conquistadores y encomenderos en esa época; pero el discurso del jesuita no resultaba extemporáneo, pues hay que recordar que en el avance español en el septentrión novohispano se esgrimieron los mismos argumentos para someter a los indios nortños al sistema jesuítico misional y al régimen colonial. Tal vez por ello Clemente afirma categórico: “Reprimir a los enemigos de Dios como a los propios adversarios, esta es la máxima fundamental de la república, y la más sólida e invencible fortaleza [...]. Como he dicho, si con estas artes se cuida la república, sin duda veremos un Estado felicísimo y muy sólido” (pp. 125-126).

Se trata, pues, de una obra de singular importancia para el estudio de las ideas políticas en una época en la que no se ponía el sol bajo el imperio español y el catolicismo encontraba un fuerte soporte en él y en el que los jesuitas navegaban a sus anchas desde Roma hasta América. Al mismo tiempo, representa un ejemplo excepcional de las artes retóricas de las que echaban mano los superiores de la compañía para hacerse de los favores de los gobernantes y ricos por doquier.